

Amazonas hijas de Shakespeare¹

Prólogo

Las amazonas “fueron unas *mujeres varoniles* y belicosas en diversos lugares y tiempos” (Cov.). Sebastián de Covarrubias, mirando en su nombre, recoge diversas opiniones. Todas las vuelven espantosas, abominables, monstruosas. “Dijéronse amazonas...”

“...sin teta, porque se quemaban y consumían las tetas del lado derecho, por que no les fuesen estorbo para tirar los arcos y jugar con la maza y el alfanje; con la otra criaban sus hijas, y los varones, o los mataban o los estropeaban de manera que no fuesen para tomar armas, sino para servirse de ellos en las cosas domésticas, en que cerca de las otras gentes se ocupan las mujeres.”

O bien las llamaron así “porque no acostumbraban comer pan, y se sustentaban con carne”. Tuvieron también segundo apellido, “sauropatidas”, “porque comían lagartijas”, según refiere “el duque don Íñigo de Mendoza en su memorial” (fol. 43), que cita a Filipo Veroaldo, sobre Suetonio, en la vida de Julio César, cap. 22.

Como no fuese porque eran ellas de uso comunal (“tanquam in commune viventes”).

Shakespeare juzgó a la reina Margarita, a Juana, la Pucela de Orleans², y a las hijas de Inglaterra, armadas, amazonas, y describe minuciosamente cómo se quitan de su *parte* de mujer y se vuelven *varonas* para pelear hombres.

De las amazonas históricas, o de leyenda, se ocupó en dos obras. Trató, en ambas, las bodas de su reina Hipólita con Teseo, el alcalde de Atenas. Teseo ha derrotado a las amazonas, y ha robado a su reina, y la hará su esposa más o menos forzada, y con el matrimonio, sujetándola, la redimirá, devolviéndole su condición femenil.

Hipólita, como su hermana Emilia, son vírgenes empecinadas, y caballerías de la orden de Diana. A una y a otra las casarán, para domesticarlas.

¹ Manuel Palazón Blasco, *segundos juguetes que he fabricado revolviendo en los armarios de Shakespeare*. Valencia, Obrapropia. ISBN 978-84-16048-22-9. Depósito Legal: V-3163-2013.

² Digo lo de la Niña de Orleans más abajo, en otro trabajo que le dedico.

La Reina Margarita

Furiosa, la Reina Margarita se quitaba lutos, y se vestía la armadura.
“Belike she minds to play *the Amazon*.” “Parece que quiere representar a *la Amazona*” (IV, I, 104 – 106).

(En *La tercera parte de El Rey Enrique VI*)

Hijas de Inglaterra

Salisbury, capitán de “los hijos y criaturas de esta isla” (V, II, 25), defendía los derechos de “un extraño” (V, II, 27), Luis, el Delfín de Francia, al trono de Inglaterra. El Bastardo habló de parte de Juan, el rey de Inglaterra. Le parecía, aquélla, una “entrada simiesca y desmañada”, “máscara con andadores” (V, II, 131 – 132). Luego se dirigió a Salisbury, y a cuantos lo seguían:

*--...Y vosotros, degenerados, rebeldes ingratos,
Vosotros, sanguinarios Neronés, que desgarráis el vientre
De vuestra querida madre, Inglaterra, ruborizaos, llenos de vergüenza:
Pues vuestras propias damas, y las pálidas doncellas,
Acuden como amazonas tropezándose detrás de los tambores,
Cambian sus dedos por guanteletes,
Sus agujas de ganchillo por lanzas, y sus gentiles corazones
Por una inclinación feroz y sanguinaria.*

(V, II, 151 – 158)

(En *El Rey Juan*)

Hipólita (I)

*

La comedia la comienza Teseo, Duque de Atenas, diciendo su impaciencia, que faltan cuatro jornadas astronómicas, y cinco teatrales, para su boda con Hipólita. La reina antigua de las amazonas le da sosiego.

Teseo: *Ahora, Hipólita, nuestra hora nupcial
Se acerca veloz; cuatro días felices traerán
Otra luna: pero, ¡oh, qué despacio, me parece,
Mengua esta luna vieja! Ella aplaza mis deseos
Lo mismo que la madrastra o la viuda
Van gastando la hacienda que heredaría el joven.*

Hipólita: *Cuatro días se sumergirán rápidamente en la noche;
Cuatro noches harán que pasen rápidamente sus horas, como en sueños,
Y luego la luna, como un arco de plata
Armado en el cielo por primera vez, contemplará la noche
De nuestras solemnidades.*

(I, I, 1 – 11)

Pero Teseo necesitaba que le distrajeran los apetitos, y se dirigió a Filostrato, su concejal, o Tribuno, de festejos (“master of the revels”):

-- *Vé, Filostrato,
Mueve a la juventud ateniense a las alegrías,
Despierta el espíritu descarado y ágil del gozo,
Lleva a la melancolía a los funerales,
Que esa pálida compañera no sirve a nuestra pompa. [Éntrase Filostrato]
Hipólita, te he cortejado con mi espada,
Y he ganado tu amor dándote heridas,
Pero te desposaré en otra clave,
Con pompa, con triunfos, y con fiestas.*

(I, I, 12 – 19)

Teseo: *¿Dónde está nuestro habitual director de holguras?
¿Qué fiestas tiene a mano? ¿No hay ninguna comedia
Que alivie la angustia de una hora llena de tormento?
Llamad a Filostrato.*

Filostrato: *Heme aquí, poderoso Teseo.*

Teseo: *Decid, ¿qué diversión tenéis para esta noche?*
 ¿Qué máscara? ¿Qué música? ¿Cómo entretendremos
 Este rato ocioso, si no es con algún pasatiempo?

(V, I, 32 – 42)

Representaron de *La lamentabilísima comedia y muerte muy cruel de Píramo y Tisbe* los menestrales de la ciudad, con una Danza Bergamasca detrás, y entretuvieron mucho con eso a los novios.

*

“Hippolyta, I woo’d thee with my sword, / and won thy love doing thee injuries...” “Hipólita, te he cortejado con mi espada, / y he ganado tu amor dándote heridas...” (I, I, 16 – 17) Teseo sabe que ha sido *galán* muy bruto, y que Hipólita es novia raptada. También Titania, Señora de Tierra de Hadas, señala su condición de malcasada forzosa: “The bouncing Amazon (...) / to Theseus *must be wedded*.” “La robusta Amazona (...) / *debe casarse* con Teseo” (II, I, 70 – 72). Usa adrede la voz pasiva, y el verbo de obligación.

*

Salían en montería, e Hipólita recordó con morriña:

--*Yo estuve una vez con Hércules y Cadmo,*
Cuando en una selva de Creta corrieron al oso
Con sabuesos de Esparta; no he oído nunca
Ladridos tan galantes, pues, además de los bosquecillos,
Los cielos, las fuentes, todas las regiones vecinas
Parecían sonar con un ruido común; no he oído nunca
Un desafino tan musical, tronada más dulce.

(IV, I, 111 - 117)

Es Hipólita segunda Diana Cazadora, Virgen selvática.

*

En el bosque encantado de las afueras de Atenas se encontraron, “a la luz de la luna”, y “en mala hora” (II, I, 60), Oberón y Titania, Reyes de Hadas, con pelusillas:

Titania: ...*¿Por qué estás tú aquí,*
 Llegándote desde la frontera más remota de la India,
 Como no sea, y así es verdaderamente, porque la robusta Amazona,
 Vuestra amiga, la que calza borceguíes, vuestro amor guerrero,

*Debe casarse con Teseo, y venís
A dar a su lecho gozo y prosperidad?*
Oberón: *¿Y tendrás tú la vergüenza, Titania,
De citar mi crédito con Hipólita,
Sabiendo que yo sé tu amor hacia Teseo?
¿Acaso no lo apartaste, guiándolo en la noche estrellada,
De Perigona, después de que la violara?
¿Y no hiciste que rompiera la palabra que había dado a Egle,
A Ariadna y a Antíope?*
Titania: *Son, éstas, forjas de los celos...*

(II, I, 68 – 81)

Es, curiosamente, Oberón, quien denuncia las golferías de Teseo, sus donjuanadas, que ha favorecido Titania, su alcahueta.

Ganarán, sin embargo, “nueva” “amistad” Oberón y Titania, y bailarán al otro día, “a medianoche, solemnemente”, “en la casa de Teseo”, y la bendecirán, para que sea próspera (IV, I, 86 – 89). Llegaba “casi la hora de las hadas” (V, I, 350), y se fueron a consumir sus bodas los novios, y Oberón y Titania, con sus criaturas fantásticas, los velaron, para que la suerte acompañara a los hijos que hiciesen en ella.

(En *El sueño de una Noche de San Juan*)

Hipólita (II)

*

Eran las bodas de Teseo, el Duque de Atenas, e Hipólita, reina de las amazonas.

“Música. Sale Himeneo con una antorcha encendida; un Muchacho, con una túnica blanca, lo precede, cantando y derramando flores; detrás de Himeneo, una Ninfa, las trenzas sueltas [señal de las vírgenes], con una guirnalda de trigo en las manos. Luego Teseo, acompañado de otras dos ninfas con las cabezas tocadas con sendas coronas de trigo [el trigo pide la fertilidad]. Luego Hipólita, la novia, conducida por Pirítoo y otro. Lleva también una guirnalda en la cabeza, y las trenzas le caen sobre los hombros. Detrás de ella, Emilia le lleva la cola del vestido...”

El *Epitalamio*, que canta el Muchacho, bendice a los novios (I, I, 1 – 24).

Interrumpen la procesión tres Reinas, suplicantes. Piden el amparo de Teseo, que Creonte no deja que entierren como toca a sus maridos, y se pudren. Luego, para solicitar la intercesión de Hipólita, citan la prosperidad de su vientre, algo que ella, seguro, anhela (I, I, 26 – 28).

Recuerdan entonces su condición, y su *historia*. Hipólita era “*amazona tremenda*”. Había matado “al jabalí con colmillos como guadañas”, y con sus brazos, “tan fuertes como blancos”, estuvo “cerca de hacer al macho / cautivo de [su] sexo”, si no fuera porque su “señor” nuevo, “nacido para sostener la creación en el orden / para el que la naturaleza la formó primero, sujetó [sus] aguas, / que rebosaban, y rindió de una vez / [su] fuerza y [su] cariño” (I, I, 77 – 85). Ahora, sin embargo, aquella “soldada”, “espejo de damas”, tenía más poder sobre él del que él había tenido jamás sobre ella, y era la dueña de su fuerza como de su amor, y lo había vuelto esclavo de su palabra (I, I, 85 – 90).

Teseo quería, de todos modos, terminar antes aquel “acto” que santificaba su matrimonio:

*--¡Vámonos al templo! No dejéis un punto
De la sagrada ceremonia.*

(I, I, 130 – 131)

--*Ab, mis buenas señoras,
Éste es un servicio, al que voy,
Más grande que ninguna guerra; me importa más
Que todas las hazañas que he llevado a cabo
O pueda realizar en el futuro.*

(I, I, 170 – 174)

Teseo: *...Id y haced leva
De nuestros mejores instrumentos, mientras nosotros representamos
Este gran acto de nuestras vidas, esta arriesgada gesta
Del destino en el matrimonio.*

(I, I, 162 – 165)

Las reinas argumentaban que Teseo descuidaría su “querella” una vez que se banquetease con su esposa (I, I, 174 – 186).

Hipólita se compadeció de ellas. Si no se abstenía por ahora, muy a su pesar, de su gozo, y prorrogaba “este negocio” (“this business”), escandalizaría a las mujeres. Además, con eso criaría “un deseo más profundo” (I, I, 186 – 199).

Teseo cedió, pero insistió en que la fiesta continuase con todo su esplendor, que él regresaría victorioso antes de que se acabase (I, I, 221 – 225).

Hipólita y Emilia rezaron a Belona, la diosa romana de la guerra.

Hipólita: *Nosotras hemos sido soldadas, y no podemos llorar
Cuando nuestros amigos se ponen los yelmos, o se hacen a la mar,
O cuentan historias de bebés empalados en sus lanzas, o de mujeres
Que han hervido a sus hijos en la salmuera que producían sus ojos
Mientras los mataban, y luego se los comían.*

(I, III, 18 – 22)

Hablaron de amistades Hipólita y Emilia. Hipólita no tenía celos de Pirítoo. Poseía ella ahora, seguro, “el trono más alto” del “corazón” de Teseo (I, III, 94 – 96).

(En *Los dos nobles parientes*)

Emilia

*

Entró Emilia, hermana de Hipólita, en el jardín de la prisión, a coger flores, y los dos primos cautivos, mirándola, se prendaron. Habían sido amigos de colegio, de futbolines, de barracones, pero ahora, encelados y celosos, se odiaron. Los tebanos pagaron el rescate de Arcite, y Palamón ocupó con mayor holgura la celda. Pero fastidiaron a los dos. A Arcite lo desterraban de Atenas, y a Palamón le quitaban la torre y la ventana desde donde veía a Emilia, y lo emparedaban en un calabozo ciego.

*

Emilia tuvo una “compañera de juegos” que “enriqueció su tumba” y “se despidió de la luna” cuando contaban ambas once años (I, III, 50 – 54). Ahora, recordándola, juraba que nunca, “como a la doncella Flavina”, amaría a nadie al que llamasen “*hombre*” (I, III, 82 – 85). Inmediatamente un Heraldó anunciaba a Arcite y Palamón, que “respiran / y *tienen el nombre de hombres*” (I, IV, 27 – 28).

*

Entró Emilia en el jardín delicioso (II, II, 118) delantero de la suave cárcel que encerraba a Palamón y Arcite. Se acordó, viendo su flor, de Narciso, el “bobo” (II, II, 119 – 120), y comentó: “Los hombres están locos” (“Men are mad things” [II, II, 126]). Luego prefirió, entre todas las flores, la rosa, porque “es el emblema mismo de una doncella” (II, II, 135 – 137).

*

Arcite no aceptó que lo apartasen de su amada, y la rondó disfrazado. Así, tomando “otra figura” (II, III, 22), participó en los juegos con los que el Duque celebraba el cumpleaños de su cuñada Emilia, y fue el mejor luchador, y el corredor más veloz (II, V, 1 – 4).

Teseo:	<i>Sois perfecto.</i>
Pirítoo:	<i>Por mi alma, un hombre cabal.</i>
Emilia:	<i>Sí que lo es.</i>

(II, V, 15 – 16)

Desde ahora Arcite la serviría (II, V, 33 – 37).

*

Pudo mientras tanto Palamón, con la ayuda de la hija del Alcaide, su pobre enamorada, romper su prisión, y, encontrándose con Arcite en un bosque, se desafiaron y comenzaron una esgrima que interrumpió, muy enfadado, Teseo. El duque ya los admiraba de antes, de la batalla, y hoy, viéndolos lidiar, le parecieron tan magníficos que perdonó sus delitos. Pirítoo dijo de uno: “¡Oh, cielos, / éste es mucho más que un *hombre*!” (III, VI, 156 – 157). Y, enseguida, de los dos: “¡Éstos son *hombres*!” (III, VI, 265) Una y otra vez se califica a los dos nobles parientes de “*hombres*”, y recordamos la promesa de Emilia de no amar a ninguno que gastase ese título.

El Duque conoció entonces la razón amorosa y cabezona del improvisado duelo, y arregló otro más ceremonioso. Ni Palamón ni Arcite querían sobrevivir a su derrota.

Teseo: *Decid, Emilia,*
 Si uno de ellos muriera, como así habrá de ser,
 ¿Aceptaríais tomar al otro como marido?
 Los dos no pueden disfrutar de vos. (...)
 ...Miradlos y,
 Si podéis amar, terminad esta diferencia:
 Yo doy mi consentimiento. ¿Aceptáis esto también vosotros, príncipes?
Palamón y Arcite: *De todo corazón.*

(III, VI, 272 – 280)

Si no es un error de imprenta, y aquel “yo doy mi consentimiento” viene de Teseo, Emilia no dice nada. Quizás verdaderamente no pueda amar. En todo caso, no pudo escoger: “No puedo, señor; son los dos demasiado excelentes” (III, VI, 285 – 286). Teseo prometió entonces la mano de su cuñada Emilia al vencedor del duelo. Al otro lo terminaría.

*

Emilia se querellaba:

-- *¿Ojalá pudiera yo acabarme antes!*
 ¿Qué pecados he cometido, casta Diana,
 Que mi juventud sin mancha debe ahora ensuciarse
 Con sangre de príncipes, y mi castidad
 Será el altar donde las vidas de dos amantes
 (...) ...habrán de ser sacrificadas
 A mi infeliz belleza?

(IV, II, 57 – 64)

Teseo insistió:

--...*Ahora, mi bella hermana,
Debéis amar a uno de ellos.*

-- *Antes me daría a los dos,
Para que ninguno de ellos tenga que caer antes de tiempo.*

(IV, II, 67 – 69)

Emilia, a solas, llora. No sabía elegir. Estaba “perdida”. Su “fe virginal” la había abandonado (IV, II, 46). Y uno de aquellos hombres formidables iba a pagar por sus “pecados” (IV, II, 155 – 156).

*

Palamón le rezó a Venus, Arcite a Marte, por eso Arcite ganó el desafío y perdió a la chica con muy mala pata, rompiéndose la cabeza mientras paseaba su calle, triunfal, a caballo. Hubo funerales y duelo, y nada más rebajarse el luto se casaría Palamón con Emilia.

*

A Palamón lograr la mano de Emilia le ha costado la vida del hombre al que más quería (V, IV, 109 – 112). Emilia, “sacerdotisa” de Diana (V, I, 142), su “caballera” (V, I, 140), va a su boda forzada “vestida de novia, / pero con el corazón virginal” (V, I, 150 – 151), llorando (¿o no?) la rosa que está a punto de perder (V, I, 163 ss.). Oirá las nuevas (tampoco quiere ver la sangre) del duelo de sus pretendientes “extinguida” (V, III, 20), cerrará los ojos de Arcite (V, IV, 96) y recibirá a Palamón muda.

(En *Los dos nobles parientes*)